

Una égloga inédita de Agustín de Montiano y Luyando

Rosalía Fernández Cabezón

Universidad de Valladolid

El vallisoletano Agustín de Montiano y Luyando (1697-1764), primer director de la Real Academia de la Historia, participa en el campo de la literatura como poeta, teórico y autor dramático.

Educado en el espíritu postbarroco vigente en los primeros años del siglo XVIII, su obra literaria de juventud no podía estar ajena a esta influencia; entre las numerosas obras que compuso en esta etapa merecen destacarse el poema bíblico *El robo de Dina*, compuesto en octavas reales, y el melodrama *La lira de Orfeo*.

A finales de los años cuarenta, se opera un cambio radical del gusto entre los escritores; éstos, abandonan la estética del siglo barroco, para intentar dirigir la creación literaria hacia nuevos horizontes estéticos. La semilla de este cambio ya había sido echada por Luzán en 1737, pero comenzará, a dar sus frutos en las décadas siguientes.

Montiano y Luyando participará de forma activa en este cambio que se produce hacia la mitad del siglo. El primer gran poema donde ya es patente la evolución es la presente *Egloga*, leída por el propio autor el 5 de Octubre de 1747 en la Real Academia de la Lengua, de la que también era miembro.

La égloga, en 68 hojas de letra dieciochesca, la componen 1846

————— 218 —————

versos repartidos en cuatro estancias, que vienen a ser cuatro días, durante los cuales dos pastores, Lisardo y Julio, dialogan cantando sus penas amorosas.

El poema se sitúa dentro del convencionalismo del género. Al instante identificamos los signos de la convención pastoril; la ambigua modestia del poeta culto que voluntariamente adopta el rústico papel de pastor y tiene que suplir con sinceridad natural su supuesta carencia artística. El poeta sigue a sabiendas un doble juego, pues conoce que en realidad, la mayor parte de los pastores son pícaros redomados, bestializados por la soledad y el contacto con la naturaleza. Y sin embargo, el mito pastoril tiene una validez universal, pues el hombre soñará siempre con la Edad de Oro, un mundo natural sin corrupción en que los seres humanos lo son con mayor simplicidad y autenticidad; es a este mundo imaginario, en el que el arte proporciona una segunda y mejor naturaleza, al que Montiano nos invita a penetrar, para sumergirnos en una atmósfera semimítica de un «locus amoenus» eternamente edénico, un lugar pacífico, compuesto por árboles que dan sombra, un arroyuelo que corre entre la blanda hierba, el canto de los pájaros y la fragancia de las flores multicolores. Este paisaje idealizado, que Curtius ha definido e investigado como un topos a través de la poesía griega y latina³³⁸, constituye un escenario esencial para las ninfas y los pastores de la tradición clásica; sobre este mismo fondo, que el alegorista medieval había utilizado con frecuencia, que Garcilaso de la Vega había proyectado para entrar en contacto con una naturaleza sumamente estilizada, está recreada esta *Egloga* de Montiano y Luyando.

Así mismo, el tema está enraizado en la más honda tradición clásica greco-latina; a través del tamiz renacentista le llegará a nuestro autor. Es la queja del pastor enamorado desdeñado por su pastora amada, que, o bien dialoga con otro pastor amigo para que le aconseje o compadezca, o bien, llevado por su exaltación amorosa, expresa sus sentimientos mediante un dolido soliloquio (Julio al inicio de la estancia tercera). Montiano inserta otros temas que también fueron recreados por Virgilio en la Antigüedad Clásica, y por Garcilaso en el Renacimiento, ya que conectan con la mentalidad neoclásica: la oposición de la prudencia y la razón al amor pasional (vs. 32-39); el tema

————— 219 —————

del «Beatus ille» horaciano, incorporado a la tradición clásica española en el menosprecio de corte y alabanza de aldea (vs. 111-120 e inicio de la estancia segunda); virtud y no linaje como valor de las personas (vs. 400-411); exaltación de la amistad individual (vs. 439-478); volubilidad de la fortuna (vs. 841-848, 1440-1522) adelantada en las poéticas premoniciones (vs. 1259-1321).

Por otro lado, el mar (vs. 1766 y ss.) quizás represente el amor como en los poetas del Siglo de Oro. «El reino de Neptuno, tan propenso a cambios fuertes e inesperados, a tempestades tremebundas y naufragios lastimosos, es figura apta para la pasión de amor, tan mudable, tan difícil de dominar, tan sujeto al naufragio del que se lanza en él, detrás de una pasión sin freno»³³⁹.

Desde el punto de vista métrico el poema presenta el siguiente esquema:

1 - 677 Silva

678 - 773 Sexteto-lira (aBAbCC)

- 774 - 994 Silva
- 995 - 1.114 Octava real
- 1.115 - 1.618 Silva
- 1.619 - 1.765 Estrofa alirada (aBaBaCC)
- 1.766 - 1.846 Silva

La mayor parte de la *Égloga* está compuesta por versos endecasílabos y heptasílabos que riman en consonante a gusto del poeta; es, por tanto una silva, combinación métrica muy utilizada durante el siglo XVIII «por su falta de sujeción a toda disciplina formal»³⁴⁰. Montiano da preferencia a la modalidad grave, con predominio de endecasílabos. Aunque menos empleada que la estancia para las églogas durante el Renacimiento, a partir del siglo XVII con la renovación barroca comienza su utilización, pero será en el siglo de las luces cuando la desplace, favorecida por el ambiente propicio de libertad creadora.

Montiano cambiará de forma estrófica cuando lo requiera el contenido. La declaración de Lisardo a Leonisa en la estancia segunda la compone en sextetos-liras. El amargo soliloquio de Julio en la estancia tercera está escrito en octavas reales, quizá recordando el

————— 220 —————

uso de esta estrofa en los poemas bucólicos del Renacimiento y Barroco; por vía de ejemplo señalaremos la *Égloga Tercera* de Garcilaso. Por último, en la imprecación que Lisardo hace al mar en la estancia cuarta utiliza una estrofa alirada, que viene a ser como un desarrollo del mismo tipo métrico que el sexteto-lira.

En el aspecto formal se aprecia un uso abundante del adjetivo, fundamentalmente del epíteto, adjetivo no imprescindible para la comprensión del significado de un mensaje lingüístico, de función esencialmente expresiva. La elección de estos epítetos continúa la tradición clásica española que a partir de Garcilaso se impone en nuestras letras, y que llegará atravesando el Barroco hasta el siglo ilustrado³⁴¹. Además, el carácter subjetivo y afectivo del poema se ve potenciado por los numerosos diminutos que encontramos.

En este mismo sentido, el uso del adverbio en *-mente* aumenta la significación del adjetivo, a la vez que recuerda el gusto renacentista en los poemas pastoriles.

Montiano con esta *Égloga* vuelve los ojos a los temas, al lenguaje y al estilo de nuestros poetas renacentistas, saltando todo un siglo de creación poética³⁴², pero será Garcilaso de la Vega su modelo a seguir, del que no podrá desasirse; sobre todo tiene en cuenta la *Égloga Primera* del toledano; veamos algunos ejemplos que verifiquen esta influencia:

- Utilización de antropónimos iguales: Salicio y Galatea.

- El empleo de premoniciones, aunque temáticamente sean diferentes.
- Calcos como *el dulce lamentarse*.
- La pérdida de la armonía en el universo antes de dejar de amar a su pastora.
- Nombres de ríos conocidos: Tajo.
- Asimilaciones del infinitivo (v. 1032).
- Es significativo el párrafo donde los pastores se declaran a su amada, y contrapesan su aspecto agradable a la belleza de ella. Transcribimos los dos pasajes para apreciar la semejanza:

————— 221 —————

Égloga Primera de Garcilaso:

No soy, pues, bien mirado
tan disforme ni feo,
que aun agora me veo
en esta agua que corre clara y pura,
y cierto no trocara mi figura
por ese que de mí s'está reyendo³⁴³.

Égloga de Montiano

Si acaso no me engaña
más de un arroyo puro y cristalino,
soi tal (y aún lo miraba esta mañana)
que según imagino,
quando no a merecer todo un cuidado
basto a no deslucir algún agrado.

Finalmente, la *Égloga* de 1747 contiene elementos autobiográficos. Al comenzar el poema Lisardo sitúa su cuita amorosa en una isla que no es su tierra natal (vs. 163-185); es una trasposición de los años que vivió, durante su juventud, en Mallorca, y que dejaron una huella imborrable en su alma. En segundo término, Lisardo, en su

peregrinaje, quiere llegar a su ciudad natal, Valladolid expresada al citar el río que recorre toda la villa:

y mientras de Pisuerga la ribera,
que es dulce patria mía,
me admite...

(vs. 1829-1831).

**Égloga que leyó D. Agustín de Montiano y
Luyando en la Real Academia Española el
día 5 de Octubre de 1747³⁴⁴**

Estancia primera

LISARDO - JULIO.

JULIO

Aquí, que Manzanares blandamente
moja el pie de estos árboles umbríos,
sentémonos, Lisardo, mientras pace
el ganado, que busca diligente
la hierva, en que su anhelo satisface. 5

LISARDO

Así pudieran los deseos míos
tan presto, Julio mío, sosegarse.
Aun que si estos alegres corderillos
probasen del amor la tiranía,
negados a lo que es alimentarse, 10
no con pasos sencillos
y mansedumbre suma,
en la grama su afán se pararía.
Tal le sucede al Toro quando, ansioso,
la piel cubierta de su blanca espuma, 15
busca la Novilleja en monte y valle,
e impaciente, vagando sin reposo,
descubre lo que ama,

ya la pierda o la halle,
en la inquietud rabiosa con que brama. 20

————— 222 —————

El Ruiseñor, también enamorado,
publica su cuidado
a las sombras y al día
con triste melodía; 25

y en el árbol, en donde
blando nido le esconde
la dulce compañía,

ya salta, ya se sienta, ya gorgea,
indicios del afán en que se emplea...
En fin, Julio, hasta un bruto, quando quiere, 30
de todo lo que no es amor se olvida.

JULIO

No lo ignoro, Lisardo; pero es justo
que la razón modere
con resuelta medida 35

los violentos extremos de la queja,
como suele también a los del gusto;
pues si al impulso del furor se deja,
sin pronto advertimiento,

tocando en temerario sentimiento,
la pena desmerece 40

los créditos de fina,
quando indiscretamente se padece
y en un tenaz ahogo se termina.

¿No te acuerdas que un día, retirando
tu ganado y el mío hacia la Aldea, 45
de mi pasión los lances escuchando
y el ceño de mi amada Galatea,

quando de mi dolor enternecido
te dejó mi paciencia convencido
a que no es, no, bageza, que prudente 50
se sepa resistir lo que se siente?

LISARDO

¡Ay, Julio, que essa rígida templanza
tiene tal vez su apoyo en la esperanza!
Mas yo que nada espero,
aun del fin de mi mal destituido; 55

que, ¡ay de mí!, considero
sin recurso perdido
el bien que firme quiero,
ciegamente obstinado

en doblar, aunque en vano, mi cuidado, 60

cómo, cómo podré ya consolarme,
si reuso hasta el medio de templarme.

JULIO

Ningún rigor se ofrece a nuestra suerte
tan bárbaro, tan fiero, tan tirano,
que, a fuer de ser humano, 65
no tenga su remedio aun sin la muerte.

La gran Madre, la pródiga Natura,
que nos vio sugetos al veneno
de tanto riesgo y daño
como el hombre indiscreto se procura, 70
puso al entendimiento rico y lleno
de triaca eficaz de desengaño,

————— 223 —————

como suele la vívora aplicada
por mano diligente
a lo que infecta con maligno diente, 75
ella misma curar de su picada.

LISARDO

¡Ay, amigo!, que estando embebecida
la penetrada herida,
sin tino los remedios se desbelan.
No digo yo que acia su fin infausto 80
precipitados vuelan
los míseros alientos
de mi funesta vida.

No estoi aún de juicio tan exhausto
que pondere tan ciego mis tormentos, 85
como a algunos zagales les escucho,
de los que sienten poco y hablan mucho.

Pero también conozco que esta pena,
este continuo llanto,
este sumo quebranto, 90
este huir de tratar con los pastores,
y en fin, esta tristeza,
mis males han de hacer superiores,
que pasarán a ser naturaleza,
débil assí, quanto ya fue robusta. 95

JULIO

¿Si esse peligro al corazón asusta,
para qué no le evitas?

LISARDO

A su fineza el mérito limitas,
 si crees que el temor me sobresalte.
 No recelo yo, Julio, no, que falte 100
 la salud o la vida,
 que fuera bien perdida
 por tan noble motivo;
 siento, sí, que padezca
 con daño sucesivo, 105
 por mi inacción causado,
 sin que alivio a mi suerte le merezca,
 ni le aguarde por mí solicitado.
 Y aun que sea interés el que me obliga
 a llorar el rigor de esta fatiga, 110
 más quiero confesar sincero el hecho
 que, con fingido pecho
 y discurso no sano,
 mentir, en el estilo cortesano,
 con el traje falaz de las verdades. 115
 Estas selvas, amigo, y este prado,
 testigos de inocentes voluntades,
 jamás vieron en árboles grabado,
 o del eco distante repetido,
 pensamiento explicado y no sentido. 120

JULIO

Mil veces he resuelto preguntarte
 la poderosa causa que te aflige,
 y otras mil, receloso de enojarte,

————— 224 —————

a mi intención curiosa contradige,
 bien como amigo fiel, que huye el agrabio 125
 de examinar lo que cautela el labio.
 Mas ya que de tus males la porfía
 pide pronto socorro, determino
 sufra esta nota la pregunta mía.
 Dime, pues, lo que agita tu destino; 130
 se aquietará mi cariñoso anhelo.

LISARDO

Injusto fuera malquistar tu celo
 con mi silencio, ¡o amigo el más seguro!
 Yo expondré de mi angustia las razones,
 si a eso pueden llegar mis expresiones; 135
 y aun que a nuevos pesares me apresuro,
 repetiré las duras aflicciones
 que produjo un suceso lastimoso;

y no extrañes el daño que figuro,
 porque si todos juntos sólo explican 140
 un dolor indistinto, aun que rabioso,
 no este mismo dolor me multiplican,
 sino quando señalo sus rigores,
 que entonces en cada uno se duplican,
 haciendo de un dolor muchos dolores. 145
 Pero antes, por que no se nos alege
 el ganado esparcido,
 y de aquellos Jarales
 las espesuras dege,
 donde acuden tal vez otros zagales, 150
 llámale, Julio, tú, con el chasquido
 de la onda, entre tanto
 que apaciguo el dolor y enjugo el llanto.

JULIO

Ya acia allí de Barcino, de Melampo,
 el siempre fiel ladrido 155
 avisará, si alguno se desmanda;
 y por aquella vanda,
 tan ávido está el campo
 que no se arrimará cordero alguno.
 Comienza, pues, tu lamentable historia 160
 y disculpa mi ruego de importuno.

LISARDO

¡O no lo fuera más mi cruel memoria!
 Lejos de esta rivera
 hai una, a quien el mar roza apacible,
 pedazo de una isla, a quien, ufana, 165
 hizo Naturaleza apetecible
 estancia de continua Primavera;
 si ya no es la avitación dorada
 donde Neptuno (no con pompa vana)
 mereció en algún tiempo, reberente, 170
 Náutico templo a su húmido tridente,
 con tanta quilla armada
 como escondía el puerto,

————— 225 —————

antes que del Océano furioso
 las ondas escuchasen 175
 del Marinero experto
 ecos, que en otro mundo resonasen.
 Aquí, pues, viví yo; y aquí, gozoso,
 conduge muchos años sin cuidado
 a mi pobre ganado, 180

con tal olvido de mis patrios montes
 que ni en ayre o lenguaje,
 en costumbres o trage,
 me distinguí de los demás Pastores
 de aquellos horizontes. 185
 Era el Archivo yo de sus amores,
 y como libre estaba,
 en su pasión tal vez los gobernaba;
 y tal con rudo numen exprimía
 su triste pensamiento, 190
 o ya para las fiestas componía
 motes y empresas con que su tormento
 no menos se explicaba que lucía.
 Quando al redil amigo se volvía
 uno y otro rebaño presuroso, 195
 su dueño venturoso,
 con rostro alegre y ánimo sincero,
 era en mi humilde choza compañero
 con quien fino y gozoso
 la noche melancólica engañaba, 200
 hasta que el torpe sueño nos llamaba.
 Por el invierno frío,
 en ogar aseado,
 vieras, Julio, sentado
 mi rústico congreso. 205
 De su pastora aquél cuenta el desvío,
 éste de la estación mide el progreso,
 uno las brasas cuidadoso arroja,
 y otro, arrimado más al lento fuego,
 secar procura su mojada ropa. 210
 Vieras también que luego,
 sin preparar la esplendidez la mesa,
 sirve mano sencilla,
 en limpia canastilla,
 ya la sana vellota o la castaña 215
 con que mi gratitud los interesa,
 no embuelto el don en vanas expresiones,
 que suelen ser falacea las razones
 y la mano es no más la que no engaña.
 En el estío ardiente, 220
 del alhagüño ambiente
 gozábamos los soplos y, oficioso,
 procuraba guardarlos
 con el dulce melón apetitoso,
 el racimo sabroso; 225

o ya para temprarles
 la sed siempre molesta,
 agua los presentaba

de una cercana fuente conducida,
de su cansancio más agradecida 230
por que tan poco cuesta
la frescura que en ella se lograba,
la brebe dilación de ser pedida.
Y en fin, con todos era
mi asistencia contada la primera 235
en el juego, en la caza,
y en quanto gusto abraza
el campestre egercicio,
sin encontrar de su tibieza indicio.
Voló el tiempo, pensión de ser dichoso, 240
y, descuidado con el largo uso
de vivir libremente,
¡o cuán en vano mi delito acuso!
En un concurso que festivamente
juntó del valle las zagalas vellas, 245
vi una que entre ellas
assí se distinguía
como suele en el campo, que aterido
dejó el rigor de la estación más fría,
el almendro florido; 250
o, para no agrabiarlas en la parte
que en mi comparación las pertenece,
como suele la flor que debe al arte
más pompa, más carmín, mayor fragancia,
diferenciarse de otras, cuya infancia, 255
como no culta, estraña nos parece,
aun siendo de una igual naturaleza.
Siguióse al ver, mirar; su gentileza
llamaba a cada instante a mi cuidado;
conócíme mudado, 260
y quíseme apartar del precipicio;
mas, vacilante el juicio,
dejaba el corazón azelerarse.
Volvía a repararse,
ganando la razón lo ya perdido; 265
pero en esta contienda dudosa,
no sé si con intento o por descuido,
reparó en mí Leonisa (que éste era
el dulce nombre de mi cruel pastora)
con un dejo apacible, qual si fuera 270
partícipe tal vez de lo que ignora.
Entonces, presurosa
la ya poco segura resistencia,
se entregó a su pasión con tal violencia
que dejó al pobre arbitrio, y digo poco, 275
¡ay Julio mío!, amante, ciego y loco.
Digéronla mis ojos mi deseo,
y aun al baylar, estando junto a ella,

quise darla noticia del trofeo;

————— 227 —————

pero el afecto mismo, por que pruebe 280
cómo junto temor y atrebimiento,
quando con uno el alma incita y muebe,
con otro al labio en turbaciones sella
idioma que, si entonces le entendiese,
más que no mis palabras la adbirtiera; 285
y esto aun quando asintiese
dentro del pecho a mi atención parlera,
pues no llegando como yo a saberle,
pudo notarle, pero no entenderle.
Ibase el día, y ya se divisaban 290
las sombras en los montes más vecinos;
ya alegres las quadrillas se apartaban,
y en los varios caminos
que a las felices chozas dirigían,
solamente se oían 295
ecos, que vagamente resonaban;
quando yo, diligente, cabiloso,
confuso y silencioso,
sigo a Leonisa, sin saber a dónde
mi déseo me guía, 300
por más que me la esconde
el tropel o la noche, que ya había
la distinción de objetos impedido.
Al llegar a su albergue suspendido,
paré sin leve acción el movimiento, 305
como aquel que, pisando divertido
la senda poco hollada,
dejó el camino cierto y espacioso,
y al volver sobre sí, repara atento
que, a costa de aumentarse la distancia 310
y doblar la fatiga,
la senda se acabó, no la jornada,
que a proseguir se obliga.
Quedéme allí, mas fue tan sin reposo,
que ni para apartarme de su estancia 315
me ayudó el alvedrío,
esperando indeciso, sin que advierta
que aun a esperar se me cerró la puerta.
Creció en la soledad el desvarío;
un pequeño rumor me asusta el pecho; 320
turba una voz mi diligente oído;
y como en vano miro, escucho, acecho,
quando ya todo con silencio estaba,
aun más este silencio me turvaba.
Quién pudiera explicarte de mi idea 325
uno y otro alterado pensamiento;

mas cómo acertaré, si el labio duda
que se iguale la voz con el intento.
¿Reparaste tal vez allá en la Aldea,
quando alguno se muda, 330
que el primer día que se alojó en su cassa,

————— 228 —————

como no tienen puesto señalado
los trastos de que usa
y está todo mezclado,
si uno quiere, otro encuentra, aquél reúsa? 335

Pues assí es lo que passa
quando por inquilino
entre amor en el Alma; que, impaciente,
como ignora el destino
propio de los afectos, aun que siente 340

que a un duro afán se entrega,
busca el uno, halla el otro, a aquél se niega.
Volvíme, en fin, a mi infeliz cabaña
y, mal hallado en la quietud del lecho,
antes que den indicio en la campaña 345

de que comienza el día
las libre avecillas con su canto,
sin dormir, mal despierto me levanto;
y deseando estar sin compañía,
para no reprimir llanto o suspiro, 350

buscaba el melancólico retiro
de un bosque enmarañado,
siguiendo, y no guiando mi ganado,
quando Anfriso, un ilustre ganadero,
como yo en aquel valle forastero, 355

íntimo amigo mío y confidente,
buscándome venía,
como siempre solía;
y al ver que le recibo tibiamente,
pálido el rostro, el sayo sin aseo, 360

la vista baja y todo sostenido
del cayado torcido,
con cariño impaciente
estraña mi mudanza,
y saliendo a los labios su deseo, 365

pregúntame la causa que me aflige.
Creerás, Julio, que pude sin tardanza
satisfacer su ruego;
pues no fue, Julio, assí, que sólo dige:
«déjame, Anfriso»; y prosiguieron luego 370

Mis ojos a explicar lo que ocultaba.
Él, que alterado mi pesar miraba,
porfía; callo yo; buelve a inquietarse;
y al tiempo que, cansado de quejarse

de mi amistad, sentido me dejaba, 375
arrójome a su cuello sin aliento,
y bañándole en lágrimas le pido
disculpe de su error a mi tormento,
pues enmudece sólo de corrido;
que quien libre vivió, y a amar comienza, 380
de mirarse vencido se avergüenza.
Referíle mi mal, nombréle el dueño
que motivó tan repentino estrago;
añadí que, cobarde a tal empeño,

————— 229 —————

resolvía sufrir sin declararme 385
el impulso primero,
o, por mejor decir, traidor alhago,
abandonando con rigor sebero,
sordo al engaño infiel de la esperanza,
sólo atento a la cruel desconfianza, 390
de que llegase a amarme
Leonisa, como aquel que, al simple amago
de su tímida idea,
quisiera no querer lo que desea.
Es verdad que tenía este recelo 395
más cuerpo en la evidencia de mi daño;
era yo, Julio, extraño;
Tirso, su Padre, del País amante;
y para acrecentarse mi desvelo,
él rico y poderoso, 400
y yo ceñido a un mísero rebaño;
que el que sirve constante,
rendido, cauto, fiel y respetuoso,
siendo pobre, por más que se fatigue,
merece, Julio, pero no consigue. 405
Malhaya el que primero
valuó las voluntades
tasando su poder por el dinero;
origen fue de trágicas maldades,
si el mérito se venga o la fineza 410
de ser precio de una alma la riqueza.
Oyó Anfriso mi ahogo y, compasibo,
sintió el empleo nuevo de mi vida;
calló un rato, suspenso y discursibo;
y mi pasión, sin duda bien medida 415
de su esperiencia suma
me dijo... Mas ya empieza
de las nocturnas aves tarda pluma
a cruzar por el viento, y repetido
nos anuncia la noche su gemido. 420
Vámonos, Julio mío, sin pereza
el ocioso ganado recogiendo,

pues vala y sólo alguno está paciando;
que si mañana fueres
a buscarme en la selva más vecina 425
de aquel valle que umbrío y delicioso
en la falda del monte se termina,
anudaré si quieres,
ya que assí mi obediencia te aseguro,
el hilo de esta historia lastimoso. 430

JULIO

Yo me alegro, Lisardo, que a seguirle
te ofrezcas, quando quiero, y lo procuro,
no se empeore el mal con referirle;
que, según el afecto con que escucho,
no será, amigo, mucho; 435
puedas tal vez en algo corregirle,
pues templará tu justo sentimiento
ver que también tus aflicciones siento.

————— 230 —————

Estancia segunda

LISARDO

Religiosa amistad, sencilla y pura,
indisoluble nudo 440
que atas las almas en unión segura,
nada de tu poder extraño o dudo,
quando, desecho, miro
mi silencio tenaz que, misterioso,
sólo dejo romperse del suspiro. 445
¡O fuerza de un amigo cuidadoso,
qué corazón habrá que te resista!
¡O, lo mucho que dista,
en la fe con que se ama y corresponde,
la igualdad finamente apasionada 450
de aquel traidor alhago con que esconde
la palaciega infiel cortesanía
la voluntad dañada!
A influxo de una regla tan impía
todo en la corte el interés lo rige, 455
de la lisonja la verdad vencida;
y al pecho, a quien aquél menos aflige,
la embidia mal nacida
suele servir de escollo en que zozobre.
No assí en estos apriscos, donde goza 460

más tranquilo su curso nuestra vida;
la Paz se viste con pellico pobre,
logrando un templo en cada humilde choza;
y en las acciones, el Amor testigo,
no es el amigo riesgo de su amigo. 465
Crédito, Julio, sea
de este discurso mío.
Yo mis ansias le fío,
y él mi alivio desea,
mutuamente alternado 470
el suyo y mi cuidado,
siendo en los dos tan uno el sentimiento
que aun tal vez se equivoca el instrumento,
si no es con atención examinado.
Cáusale en mí Leonisa, 475
y en él es mi dolor quien le precisa;
y assí, desde su origen, si se advierte,
nuestra amistad iguala nuestra suerte.
Mas él es el que viene. Salgo al paso
ansioso a recibirle 480
con cariño no escaso,
que bien lo debo a lo que a mí me quiere.
Voy luego, por reñirle
tan prolija tardanza;
aun que su culpa infiere 485
mi razón, que la engendra la esperanza,
graduando los instantes
por guarismos amantes.

————— 231 —————

¿O, Julio, qué has tenido
que tan tarde has venido, 490
donde ya te aguardaba
con afecto impaciente?

JULIO

¡Ay, Lisardo! Te juro que contaba
los minutos por oras; mas estaba
esperando a mi ingrata Galatea, 495
por ver si me consiente
separar tanto engaño de su idea;
y aun que la pena mía
no logró la ocasión, por que trahía
consigo quien mis quejas estorbese, 500
repetiré el buscarla,
por si mi mal hallase
término de obligarla.
Ese motivo ha sido, que merece
no de injusto le arguyas; 505

por que conozco ya se compadece
tu amistad de mis ansias como tuyas.

LISARDO

Quando ella no lo hiciera,
por la confrontación en los pesares
del que sufres el mío se doliera; 510
que son los infortunios singulares
principio de una oculta simpatía
que a veces, aun mejor que las estrellas,
con interés recíproco aprisiona,
enlaza y eslabona 515
querellas a querellas;
que aun que varíe en todo
el objeto y acaso el accidente,
por más que haga la causa diferente,
en el sentir es uniforme el modo, 520
y a lo menos el vínculo perfecto
se descubre en lo intenso del efecto.

JULIO

Prosigue, pues, con lo que Anfriso dixo,
que aun que oy no puedo ser te tan prolijo,
por la inquietud de ver a Galatea 525
(bien que infructuoso el persuadirla sea),
no faltará ocasión en que escucharte,
que mi interés me acordará el buscarte.

LISARDO

No te replica mi cariño en nada.
Comenzó de esta suerte: «Si pudiese 530
borrar, Lisardo, de tu triste idea
la imagen que registro tan formada,
que no lo fuera más si el tiempo hubiese
todo su diestro pulso ejercitado,
pusiera mi cuidado 535
mi atención y desvelo
en conseguir, con obra tan gustosa,
la quietud de tu vida.

————— 232 —————

Mas ya que claramente mi recelo
ve, no sólo dudosa, 540
pero en tan grave herida
imposible la cura
que sólo reconozco por segura,
como el práctico suele con destreza

no aplicar específicos al daño, 545
sino, con rumbo extraño,
corroborar la fiel Naturaleza
para que a esfuerzo suyo se consiga
el fin de su fatiga,
así yo solicito que procures 550
seguir la inclinación que te domina.
Tal vez sea posible que asegures
la mejor medicina,
que no es en este mal remoto medio
que su dolor fabrique su remedio. 555
Si cobarde callares,
según de tus extremos congeturo,
al continuo rigor de tus pesares,
al implacable y duro
fatal remordimiento 560
de tu mismo afligido pensamiento
padecerás la pena
a que el mayor conflicto te condena,
si hasta burlar tu empleo
ni esperanza quedase a tu deseo. 565
¿Pues cómo, en igualdad de contingencia,
sin dejar ocasión a la osadía,
exercita tu tímida porfía,
aún antes de el estrago, la paciencia?
Sufrir quando el ahogo es infalible 570
acredita el coraje de invencible;
mas quando el mal empieza,
sufrir por no emprender será vileza.
Si la cabra golosa,
hollando el precipicio, no trepase 575
por peñas escarpadas,
imposible sería que rumiase
la planta, por difícil, más sabrosa
que esconden de los riscos la quebradas.
La fruta, que en el árbol manifiesta 580
su hermosura, y acaso en la alta rama,
no se consigue, no, sobre la grama:
cuesta el subir, y aun el peligro cuesta;
y si el esfuerzo se repite en vano,
a lo menos no es culpa de la mano. 585
Cada día registras cómo entrega
rústico laborioso
el rico grano al surco que lo guarda;
y aun que no siempre con fortuna siega,
y que otras veces al principio tarda, 590
a desmanes del tiempo riguroso,
en asomar la deseada espiga,

no por esso mitiga
su perenne cuidado
y el disponer, con esperanza nueva, 595
la dura tierra con el corbo arado
hasta que muda la inclemencia, y prueba
que, amontonado el oro,
rinde a sus troxes pródigo thesoro.
Mucho te enseña un egemplar tan cierto 600
si le examinas adecuadamente;
que en fin, Lisardo, si tu estado advierto,
hallo que solicitas imprudente
(y no podrá la réplica evadirte)
matarte, por temor de no morirte. 605
Sirbe a Leonisa, búscala rendido,
que amor deshace agravios de la suerte.
Sea Tirso contrario conocido;
ella tal vez no lo será tan fuerte.
Suspira, no desistas, que el suspiro 610
vence las esquivas de un retiro;
la queja bien sentida
no menos entenece si es oída;
lágrimas en los ojos
principio son de conseguir despojos. 615
Tus prendas son bastantes
aun a muchos amantes;
pocos tus bienes son, pero ya sabes
que hay para el corazón distintas llaves.
Esto mi afecto entiende, y mi experiencia; 620
la razón por mi voz te desengaña.
No aprendí, no, en los montes esta ciencia,
en el Liceo, sí, y en la campaña.
Allí también amé, y a costa mía
estudí tan fatal philophía; 625
fatal, pues es preciso
sea el dolor lección para el aviso».

Assí me aconsejaba
la discreción de Anfriso; y convencida
mi timidez, en vano combatida 630
antes de mi razón, flaca y confusa,
con mudo sobresalto se alentaba
a desear lo mismo de que huía.
No sólo no reusa
en tal estrecho ya mi fantasía 635
amar rendidamente,
pero aun quiere, impaciente,
volver a ver la causa soberana.
Era entonces el tiempo en que serena
la luz y puro el viento 640
unánimes hacían la mañana
deliciosa y la selva tan amena,

con los vivos matices de las flores,
que dirías, o Julio, que abariento
no guarda Paphos para digna estancia 645
de la Madre feliz de los amores
ni tanta variedad, ni tal fragancia.

————— 234 —————

Recién vestidas, las flexibles ramas
de los robustos troncos verdegueaban. 650

En las calientes camas
los pájaros gozosos sacudían
la descansada pluma,
y en los músicos coros que formaban
canto no prevenido repetían. 655

Mientras, la blanda espuma 655
del mar plácidamente
se disuelve en la orilla,
con embate que el eco apenas siente,
y sale la ligera nabecilla

del abrigo del puerto 660
a hender el golfo que temía incierto.

Por gozar, pues, la jubentud del año,
más de un manso rebaño,
de cándidas zagalas dirigido,
dexaba, al Alva, su paterno egido; 665

y ellas, con pie trabieso y dulce agrado,
tegiendo lazos por el fresco prado,
hacia un claro arroyuelo
que por floridas juncias caminaba
dibertidas venían, 670

quando yo, que a favor de mi desvelo
cubierto de unas matas acechaba
aun la expresión que incautas proferían,
viendo que ya Leonisa se acercaba,
rompí del labio el congojoso hielo 675
y el alma toda, con la voz unida,
assí cantó... Escucha por tu vida.

Vellíssima pastora,
gloria del valle, adoración del soto,
que hasta sus troncos con tu culto honora, 680
ya penda humilde el voto

o inscriba en ellos religiosa mano
de su esperanza monumento vano.
Escucha a quien amante,
rendido y fiel te sirve y te venera, 685

desde aquél, para mí, feliz instante
en que puse, altanera,
a tus pies, como término a su empleo,
la aventurosa fe de mi deseo.
Tal vez desconocido 690

llamará a tu noticia mi lamento,
 o enojoso a los ceños de tu oído
 conseguirá mi acento,
 quando más tu rigor quiera indultarle,
 que te pares a oírle, no a escucharle. 695
 Pero aun que en vano aspiren
 a vencer tu atención mis expresiones,
 resuelto determino que conspiren
 sus humildes razones
 a labrar a los riesgos de su daño 700
 si no efugio, a lo menos desengaño.

————— 235 —————

No desdeñes que sea
 en estos campos pobre y estrangero,
 que en otros por ventura lisongea
 a más de un ganadero 705
 con mi antigua cabaña la adherencia,
 aún venerada en medio de mi ausencia.
 No blasono riqueza
 ni tampoco mendigo mi sustento;
 mi patria sabe, puedo sin vageza 710
 vivir; y que contento
 gozaría (mejor si tú lo viesses)
 pingüe fruto de vides y de mieses.
 Si acaso no me engaña
 más de un arroyo puro y cristalino, 715
 soi tal (y aún lo miraba esta mañana)
 que, según imagino,
 quando no a merecer todo un cuidado,
 basto a no deslucir algún agrado.
 Mi pasión es tan fina 720
 que sólo en ella el mérito no cedo.
 El alma que despótica domina
 bien ofrecerte puedo,
 feliz si ya que Amor no la premiase,
 tu esquivez sus afectos perdonase. 725
 Con esta acción piadosa,
 si acaso alcanzo que mi ruego atiendas,
 mi voz entonces cantará gozosa
 tu peregrinas prendas.
 Dará la fama, aun a tan brebes sumas, 730
 parleras lenguas y veloces plumas.
 El apacible viento
 no bajará jamás de la alta sierra
 sin que llebe consigo el dulce accento
 que mi dolor destierra. 735
 Oyrá tu nombre el monte allá en sus huecos,
 y el valle y selva volverán los ecos.
 Feliz mi albergue pobre

burlará al Noto la rebelde saña,
 ya cruja el pino o titubee el robre 740
 en la opuesta montaña;
 ni, en la estación ardiente, el Can rabioso
 turbará de sus dueños el reposo.
 Aun que no te merezca,
 igualmente por solo que por mío, 745
 como a tus ojos digno les parezca,
 su distinción confío;
 que él passará, ¡o Amor, lo que avilitas!,
 de solo a singular si tú le abitas.
 Nunca escaso se mira 750
 de dulce leche y de reciente queso;
 colgada fruta suave olor respira;
 y el cabrito trabieso,
 sin ver la clara luz alimentado,
 ocupa limpia mesa sazonado. 755

————— 236 —————

Con onda, lazo o liga,
 el conejo, perdiz y pajarillo
 son útil diversión de mi fatiga.
 Trabajo más sencillo
 sigo a veces, buscando al pecezuelo 760
 enredado a la nasa o el anzuelo.
 Todo a tu arbitrio fuera
 postrada ofrenda de un respeto amante,
 si aún aora mi susto no leñera
 tu enojo en tu semblante. 765
 Quiere y verás, te jura rendimiento
 aun la libre extensión del pensamiento.
 Sí, Leonisa, recibe
 con agrado verdad tan generosa,
 que mi pecho, que ufano la concibe 770
 con intención honrosa,
 emuló firme de la llama en que ardo,
 probará que jamás mintió Lisardo.
 Esto, amigo, sentí, v esto espresaba;
 y mientras por el césped floreciente 775
 de la orilla, atendían,
 bien que con paso incierto,
 a quien tan tiernamente se quexaba,
 yo cuidadosamente
 de mi Leonisa advierto 780
 que en las blancas megillas se vertían
 tivas inundaciones;
 y arrebatado en dulces suspensiones,
 a ver la perfección de sus enojos,
 el corazón se me asomó a los ojos. 785
 Las demás compañeras

con risa misteriosa
 la cercan y festejan placenteras.
 Ella, con espresión nada dudosa,
 quiere negar ayrada 790
 la que suponen fiel correspondencia,
 y en lo inquieta y turbada
 su malicia adelanta una evidencia.
 Fuéronse, pues, siguiendo su disputa;
 y quando ya, distante, no la oía, 795
 quedé... Tú, Julio mío, lo reputa,
 si alguna vez perplejo has aguardado
 la admisión o desprecio a tu osadía.
 Pero no duró mucho mi cuidado,
 que aquella noche me contó Marfisa, 800
 estrecha confidente de Leonisa,
 quanto a mis versos sucedió en el Prado;
 y aún más que ponderó su confianza
 para alentar mi tímida esperanza.
 Díjome que celase 805
 mi pasión de manera
 que nadie penetrase
 cuál el objeto era;

————— 237 —————

que, para deslumbrar las que escucharon
 mi expresivo lamento, 810
 no faltaría modo
 con que vorrar las voces que notaron,
 hasta hacerlas creer que llevó el viento
 aun de sus ecos el impulso todo.
 Añadió previniese 815
 que, aun que fino y rendido
 a Leonisa sirviese,
 nunca sería con piedad oído
 si de su genio a convencer lo ingrato
 no armaba mi razón con mi recato; 820
 por que el ser yo atendido
 con menos repugnancia
 de la que, siempre altiva,
 mantubo por dictamen preferido
 como timbre tal vez de su jactancia, 825
 no era seguridad de que cautiba,
 si su favor mi triunfo publicase,
 hacia el perdón el ánimo doblase.
 ¡O Julio mío, y cuánta
 alteración gustosa 830
 introdujo en mi pecho
 cláusula para mí tan venturosa!
 Parecíame ya ver que quebrantaba
 de su esquivez el ídolo, y que luego,

con débil o fingida resistencia, 835
 para más gloria de que está desecho,
 del Amor en presencia,
 sobre las asquas del benigno fuego,
 los dos con prontos brazos
 cebábamos la llama en sus pedazos. 840
 Engaño fue de mi ligera idea,
 pues el temor de mi voluble suerte
 debiera contener mi pensamiento,
 por que no es, Julio, no, si bien se advierte,
 feliz el que llegó donde desea, 845
 sino es aquel que con tranquilo asiento
 y continuada próspera evidencia
 goza un bien que tiene contingencia.
 Assí, no es propiamente desdichado
 quien no logró lo que buscaba ansioso, 850
 sino aquel que después de haver logrado
 pasó a ser infeliz desde dichoso.
 Concepto que, si entonces la cordura
 le hubiera adelantado, no tan triste
 mi presente congoja lloraría 855
 la pérdida fatal de su hermosura,
 que tan en vano mi razón resiste;
 por que si una aprensión de mi alegría
 fue el móvil, descubierta
 también mi pena juzgaría incierta. 860
 ————— 238 —————

JULIO

Suspende por aora,
 Lisardo mío, el trágico suceso,
 que el impaciente esceso
 de mi pasión me acuerda mi Pastora,
 mi Galatea, si es acaso mía 865
 quien tanto se desvía
 de aquel primer amor que estrechamente
 ató mi corazón a su destino.
 Un tiempo dulcemente
 en que yo, más dichoso, no más fino, 870
 merecí sus favores,
 como mía la amaba,
 pasóse ya. Vinieron sus rigores,
 y encuentro tan esclaba
 mi voluntad a su desdén sebero 875
 que, quanto más me ofende, más la quiero.
 Este lazo me lleba
 a hacer un nuevo examen de sus iras,
 que aun que mi inútil prueba

tenga un fin semejante al que suspiras, 880
si consiguiese verla,
gloria sea, que no podré perderla.

LISARDO

Si mi mal admitiese
la dulce pena de sentir mirando,
por intensa que fuese, 885
oyeras, Julio, con accento blando
salir el alma en el postrer accento,
sin turbar su armonía
el postrer sentimiento.

Pero en mi suerte impía 890
padezco, sin que sepa la que adoro
que aun olvidado y aun ausente lloro.
No te detengas; búscame en la Fuente
del Pino quando quieras
que el triste resto de mis ansias cuente. 895

Son allí a mi ganado placenteras
las siestas, con el soplo delicioso
que del nebado Guadarrama sale.
Allí el ruido del agua bullicioso,
antes que a Manzanares acaudale 900
su perenne tributo,

hace al vecino césped más enjuto
transportín agradable donde mullen
zéfiro voladores,
juncos, hiervas y flores 905
que al suabe impulso bullen.

Allí te aguardaré. Feliz te emplea
en convencer tu esquivada Galatea.
A Dios, mi Julio, a Dios; no seas tardo.

JULIO

Ya pronto te obedezco. A Dios, Lisardo. 910

————— 239 —————

Estancia Tercera

JULIO

¡Qué tranquila que ofrece
la soledad a la inquietud de un triste
ocasión de quejarse
que no es pequeña dicha en quien padece!

su injusta tiranía
 inútiles mis ruegos?
 ¿Si negará, obstinada, 965
 hasta su vista a mis afectos ciegos?
 ¿Quién dudará que todo lo egecute
 y que la culpa impute
 a mi olvido o mudanza?;
 pues si, de las sospechas asistida, 970
 sólo el error o el menosprecio alcanza,
 lugar de conclusión mal resistida,
 mientras dure en su concepto ilusa
 ni me valdrá el cariño ni la excusa.
 Pero por más que fiera 975
 te esquibes, o Pastora, a mis lamentos,
 ya que el alma presente considera
 tu imagen, y que logran sus accents
 el fingido consuelo de argüirte,
 mientras Lisardo llega (que distante 980
 no estará ya, según lo ha prometido),
 oirás de mi pasión noble y constante,
 en sentidas razones,
 cuánto es capaz su enojo de decirte,
 que no llegará a agravio conocido 985
 or que está el corazón de impulso falto,
 y el labio de expresiones,
 si a tu obsequio no miran;
 y aún éste a de costarle un sobresalto,
 según ya los temores me lo inspiran. 990
 Prestarán los albogues su dulzura
 de mi voz a la triste desbentura;
 y estas selvas, que un tiempo me escuchaban,
 sentirán lo que entonces me envidiaban.
 Contra ti, peregrina zagaleja, 995
 no confiado ya como solía,
 desata el pecho la amorosa queja,
 despique lebe de la ofensa mía.
 No la tuya, por eso, me aconseja
 de mi atención la justa cobardía, 1000
 que aun teme que hagas el rigor empeño,
 por que no venza mi razón tu ceño.
 Acordaréte, sí, quando el ganado,
 desde el primer albor de la mañana,
 le uníamos alegres y, abrevado, 1005
 discurría a su arvitrio en la campaña,
 en tanto que los dos, dejando el Prado,
 por redimirnos de la estiba saña
 buscábamos, con plácida costumbre,
 la fresca falda de frondosa cumbre. 1010

Allí, sobre las matas que bañaba
 arroyuelo del monte desprendido,
 dévil junco con liga embarazada
 a más de un pajarillo inadvertido,
 verde red otras veces atajaba 1015
 su buelo, por nosotros dirigido,
 y yo a tus pies rendía diligente
 del malicioso ardid triunfo inocente.
 Del Álamo más alto, que domina
 la vegetable población del soto, 1020
 a mi traviesa planta se destina
 el más distante o ignorado coto.
 El nido, que en la copa se avecina,
 su firme apoio desgajado o roto,
 despojo fue de mi trabiesa mano, 1025
 y después de tu arbitrio soberano.
 No olvidaré tampoco el tiempo en que era
 obligado el cobarde gazapillo
 a que busque veloz la madriguera
 y entregue el cuello a lazo no sencillo. 1030
 ¡O, nunca esta fatiga se me huiera,
 y durase el hacello, no el decillo!
 Quanto silvestre Dios desde algún tronco
 llorara fino, gemiría ronco.
 ¡Pues qué, si mientras dabas al reposo 1035
 el delicado cuerpo, recostada
 sobre el cálido brazo, ardía hermoso
 el carmín en megilla delicada,
 y yo a tu lado, quieto y silencioso,
 gozé vista tan dulce y anhelada! 1040
 Amor entonces, por mirarte, ufano
 depuso con la venda lo tirano.
 Vosotras, aguas de esta fuente pura,
 que vais a Manzanares, desde donde
 corréis con el Tajo, mientras dura 1045
 su nombre claro, hasta que el mar le esconde,
 ya que unión tan antigua me asegura
 que a vuestro trato su favor responde,
 preguntadle si acaso en su ribera
 no fue mi dicha en todo la primera. 1050
 En uno y otro margen, yo confío
 que aún cantarán, con labios placenteros,
 felices lauros del afecto mío
 no menos los Pastores que Barqueros.
 Del alto monte al valle más sombrío 1055
 no ignorarán frecuentes pasajeros
 lo mucho que debiste a mi memoria,
 que aún se acuerda la embidia de mi historia.
 Sólo tú, Galatea, ya cortaste
 de comercio tan fino el nudo estrecho, 1060

y con ingrato paso abandonaste
de tu mísero Julio el triste pecho.

————— 242 —————

Mas no imagines, no, que lo lograste
de parte suya, pues verás desecho
antes el común orden, y que agrade, 1065
que corra el Pez y el Jabalí nade.
Primero a la montaña cabernosa
subirá, contra el curso que le guía,
de este arroyuelo la corriente undosa,
o faltará la luz al medio día. 1070
Primero en la tiniebla silenciosa
renovarán las aves su armonía.
Primero, en fin, que falte a Galatea,
vivirá sin afán el que desea.
Nací para quererte, y mi fineza, 1075
no sé si a influxo de celeste lumbre,
a la dicha de ser naturaleza
añade nueva causa a la costumbre.
No conoce mi ardor de la tibieza
la villana, enojosa pesadumbre; 1080
ni crece merecer, aun quando temo,
por que supo empezar por el extremo.
La poderosa lima de la ausencia
ni un eslabón gastó de mis prisiones
ni en la constante fe de mi paciencia 1085
lograron un desliz tus sinrazones.
Más fino que me viste en tu presencia
te adoraron mis puras oblacones,
y en mi feliz humilde rendimiento
ni aún osó delinquir el pensamiento. 1090
Bien sé que algún cuidado malicioso
te supuso mi olvido o ligereza,
y que al aviso injusto y engañoso
asintió voluntaria tu velleza.
Plegue al cielo que nunca venturoso 1095
vuelva a ser, (o Pastora) en tu fineza,
si te falté jamás; pues él lo sabe,
él, si te miento, mi esperanza acabe.
Volvamos, pues, a aquel gozar tranquilo
de nuestras almas tiernamente unidas. 1100
Mientras indulta la tigera el hilo,
no como dos se cuenten nuestras vidas;
halle el veloz, inexorable filo
las ebras entre sí tan bien tegidas
que un solo golpe que la Parca egerza 1105
las corte, pues no es fácil las destuerza.
Mas si al vínculo afable te negares,
rebelde a la razón que te persuado,

vive tú, vive, y sean los pesares
el término fatal de mi cuidado. 1110
Sólo pido que el día que escuchares
que murió Julio, triste y desdichado,
no dudes, aun que paga inútil sea,
que murió idolatrando a Galatea.

————— 243 —————

LISARDO

Cese ya, cese el lagrimoso canto, 1115
cese el acorde llanto
y no pródigo, Julio, de tu vida,
lástima das aun a las duras peñas
en cuyos ecos vaga dolorida
tu penetrante voz, de que da señas 1120
Ninfa que en ellos mísera se esconde
y, tiernamente, a tu gemir responde.
Desde este montecillo te escuchaba,
creyendo que la queja te aliviase;
pero, viendo la agraba 1125
más que dilates sus funestas voces,
por que el continuo sollozar cesase,
como viste, con pasos tan veloces
bagé, que pudo mi feliz desvelo
legar sin dilación, con ser consuelo. 1130

JULIO

No presumas, Lisardo, que minora
el silencio la rabia que me ofende.
Dentro del pecho, a donde siempre mora,
la reflexión la enciende
del mismo modo que subiendo al labio. 1135
Jamás cesa mi agravio
de afligir mi memoria,
por que jamás de su beldad me olvido,
ni de aquella victoria
en que triunfó mi amor con ser vencido. 1140

LISARDO

Tú, Julio, me decías,
quando escuchabas las angustias mías,
que no hay mal que no deba
remedio a la razón, si ella le prueba.
Torna el consejo ahora. 1145

JULIO

No es mi razón, amigo, quien lo ignora.
Mi pasión solamente lo resiste,
que si ha de hablarte la verdad su idioma,
en estos accidentes
se da el consejo, pero no se toma. 1150

LISARDO

¿Luego, tú te rendiste
a los últimos riesgos inclementes
de amar la ingrata que tu ofensa quiere?

JULIO

Yo te confieso que el dolor desea
(¡quán gozosa el alma lo prefiere!)
durar, mientras le cause Galatea. 1155

LISARDO

En tan idalga, generosa lucha,
sólo a la mía iguala tu fineza.

JULIO

Pues si mi amor te escucha
que le imitas, no culpes su tristeza,
quando eres egemplar al sentimiento. 1160
Y ya es infructuoso
disputar en las penas que sufrimos.

————— 244 —————

Continúa el sucesos de Leonisa,
que me tiene curioso
ver cómo nos unimos
en el fin sin ventura. 1165

LISARDO

Por que no esté indecisa
tu atención, le prosigo,
cueste o no a mi pesar mayor ternura,
que hago al cielo testigo 1170
de que, a no ser a ti, ni suspirara
de temor, que aun el viento lo escuchara;
que si me agravia su veldad, más quiero
pensar callando que gemir grosero. 1175
Débame este silencio ya que un día
le rompió torpe la desdicha mía.

Apenas, pues, miré como posible
 mi amor recién nacido,
 quando la sed del pecho inextinguible 1180
 cebé a su vista, tanto más rendido
 quanto encontré sereno
 a mis ojos el plácido veneno.
 Jamás del Alva la rosada huella,
 entre visos y albores, 1185
 de Venus descubrió la clara estrella
 sin que yo no estuviese,
 al primero bostezo de las flores,
 donde a Leonisa viese,
 al tiempo de salir de su cabaña, 1190
 más que las flores y que el Alva hermosa.
 Seguía después en la campaña,
 haciendo acaso el ansia de servirla
 la fe de mi obediencia escrupulosa;
 y aun que pasaron meses sin decirla, 1195
 con espacio, mi afecto fervoroso,
 y sólo a veces con partida frase
 conseguí que mis ansias escuchase,
 algún agrado, bien que receloso,
 trabeseando en sus ojos me alentaba, 1200
 y aquel silencio por feliz contaba.
 Una tarde, a la ora en que el ganado
 busca la sombra donde mansamente
 penetra el aura suave y deliciosa,
 y dejando de pacer yace cansado 1205
 sobre la tierra herbosa,
 yo, que también llamaba diligente
 con la quietud al sueño,
 en el punto que empieza
 a esparcir su veleño 1210
 en las acciones, torpe, la pereza,
 siento un rumor, y el corazón me avisa
 en lugar del oído.
 Los agrabados párpados despliego,
 y casi junto a mí veo a Leonisa. 1215

————— 245 —————

Creo que estoy dormido;
 desengañeme; y quando a hablarla llego,
 como también me recibió turbada,
 la dije mucho en no decirla nada.
 No corto tiempo se pasó callando 1220
 sin que uno u otro la expresión cobrase
 hasta que, los espíritus pausando,
 la rogué que benigna se sentase
 a escucharme lo mismo que sabía.
 Tarea peculiar de los amantes, 1225

repetir lo que ya llenó oficioso
 y ocupó, con recíproca porfía,
 los mejores instantes
 en que ya se esplaya el corazón gozoso,
 que a no volverse a la expresión primera, 1230
 más de una vez el labio enmudeciera.
 Oyóme, Julio, no te digo fina
 que es por razón forzosa
 en la Muger que oírnos determina
 oír y agradecer todo una cosa; 1235
 pues vencido el rubor, hasta inclinarse,
 no tiene ya el desdén en que apoyarse.
 Tampoco te diré lo que amorosa
 me respondió: archívalo el secreto
 de una justa atención que, cortesana, 1240
 conserba a su decoro este respeto;
 que aun que publique su afición el labio,
 voz que sus expresiones no profana
 no la juzga ya el uso por agravio,
 y en fin, son los arcanos en que entienden 1245
 los que con mutua fe se corresponden
 tan estraños que públicos ofenden
 tanto como se eleban si se esconden.
 Sólo confesaré que, blandamente
 volando entonces el alado niño 1250
 entre nosotros dos, con nueva flecha
 rasgó sin duda, repetidamente
 de nuestros corazones las heridas,
 para que más capaces al cariño
 se comuniquen, por cursada brecha, 1255
 las almas, ya sin embarazo unidas,
 acreditando los benignos tiros
 el eco que formaban los suspiros.
 Noté entonces (tal vez sería acaso,
 aun que el suceso mío lo desmienta) 1260
 que con afable paso
 cándida palomilla acompañaba,
 de su elección contenta,
 a su Galán, que, airoso,
 con lascibos arrullos la pagaba. 1265
 Ella el cuello lustroso
 cuidadosa y amantele pulía;
 la blanca pluma él, tornasolada,
 con alegre esperezo sacudía;

————— 246 —————

y en fin, el uno al otro tanto agrada 1270
 que los dos, con no oídos *ay de mías*,
 los dos picos juntaron carmesíes.
 Envidia de otras aves, disfrutaban

la ferborosa unión que te dibujo,
 quando, con pronto vuelo, 1275
 con acción impaciente,
 otro Palomo, al ver lo que gozaban
 y que sin duda siente,
 nuebo Rival se presentó en el duelo,
 y aun que tosco y sin ayre, la condujo 1280
 no sé qué oferta que, feliz padrino,
 afianzó el empeño a su destino.
 Con el pico ocupado,
 sobervio y presuntuoso, la enamora,
 y aun que, al primer escarce desayrado, 1285
 quanto es favor ignora,
 porfió como necio,
 y al presentar con el regalo el pico,
 como dejó sin fuerzas al desprecio,
 consiguió como rico. 1290
 El otro, que ya en vano solicita
 que el alago repita,
 antes que el prado sea
 tálamo a su enemigo,
 buela de tronco en tronco, mal hallado 1295
 con su infeliz estado.
 Ya mira, ya se oculta, ya rodea,
 y, ya resuelto, por no ser testigo
 del presuroso agrado
 con que los dos se rondan y se buscan, 1300
 cede, en fin, a los celos que le ofuscan.
 Rápidamente la campaña deja,
 y a nunca más volver de allí se aleja.
 Esto miraba yo, pero tan ciego
 con el bien que creí que me burlaba 1305
 de que fuese amenaza a mi sosiego.
 ¡Ay, cómo me engañaba!,
 que rara vez las dichas no se rotan
 con el pesar que en su apariencia envotan,
 siendo a quien no las teme tan fatales, 1310
 que a espaldas de los bienes van sus males.
 Acuérdome que un día
 en la arena escribía
 mi nombre, y que, llorosa,
 añadió que en su pecho enamorado 1315
 le escondía grabado.
 Mas quando esto afirmaba, cariñosa,
 lo escrito borró el mar, llevó el viento
 su delicado accento,
 prueba y anuncio de que nunca alcanza 1320
 duración la firmeza o la esperanza.

Serví, en fin, y adoré correspondido,
 con gusto tan perfecto
 quanto supo, entendido,
 guardar Amor las leyes de secreto. 1325
 En lo más escondido
 del Bosque nos buscábamos amantes,
 ¡o, mi Julio, y qué instantes
 tubo allí mi fortuna!
 No la Corneja infausta e importuna 1330
 con agorero canto
 turbó nuestro dulcísimo embeleso,
 o a lo menos, suspenso en logro tanto,
 que no la oí confieso,
 como dichoso que ni atiende o mira 1335
 más objeto que aquel por quien suspira.
 Quando algún accidente
 su trato me impedía,
 Marfisa, nuestra noble confidente,
 la inquietud de mi anhelo socorría; 1340
 y en las amigas sombras, los umbrales
 del respetado albergue me escuchaban,
 entre ansias desiguales,
 más de un sollozo tiernamente fino.
 Ya también, mientras daban 1345
 al primer esperezo matutino
 noticias de la luz los altos montes,
 distinguiéndose a penas
 en tierra y mar distantes horizontes,
 las blancas Azucenas, 1350
 aún no enjutas del llanto del Aurora,
 la escondida violeta,
 aquélla entre las llores más señora;
 la Rosa digo; el Mirto, la Mosqueta,
 y otras, también fragantes, 1355
 cogía, Julio, y luego, primorosas,
 sin embidiar las perlas y diamantes
 -piedras, en fin, con nombre de preciosas-,
 en el adorno de Leonisa fueron,
 como suyas, más bellas que nacieron. 1360
 Assí vivía quando...

JULIO

No prosigas,
 que nos busca Menalcas, según veo,
 que hacia aquí se encamina,
 y corre quanto digas,
 por más que simulado lo refieras, 1365
 el riesgo de que Alcina
 lo sepa y Melibeo;

por que nunca calló su fácil trato,
hijo de las costumbres lisongeras,
lo que escuchó al amigo. 1370
Por eso me recato
de su comercio falso y enemigo;
————— 248 —————

que aun que no es una culpa haver amado,
como se mezclan ierros y finezas,
nadie gusta de verse censurado. 1375

LISARDO

¡Qué bien lo piensas, Julio! Las flaquezas
a que induce el cariño
parece lo que son, por más que quiera
cubrirlas el engaño
de nuestras sutilezas. 1380

El juicioso, el estraño,
su frágil estravío considera,
sin que las valga el aparente aliño,
y al aplaudir la que creí ventura,
se ríe interiormente la cordura. 1385
Y si es, como Menalcas, lisongero,
en todo pone el malicioso diente,
no cauto sino dando placentero
materia a la pasión del maldiciente.

LISARDO

Con acierto, Lisardo, has discurrido. 1390
Mudemos, pues, de estilo; no sospeche
que hay que callar a su vicioso oído;
o vamos al encuentro, no lo aceche.

JULIO

En esto eres, mi Julio, prevenido.
Contigo mi fortuna se sosiega. 1395
Por eso te amo y...

JULIO

Calla, que llega.

Estancia cuarta

LISARDO

Bien se conoce, Julio, que madruga
más que el Alva un cuidado.
¿Aún no la noche el ceño desarruga,
y ya al monte caminas desvelado? 1400

JULIO

Sí, Lisardo, más creo
que havré de reprimir a mi deseo;
que el temporal parece que, inclemente,
inundando con furia la campaña,
ni al Pastor más robusto le consiente 1405
que deje la cabaña.

LISARDO

Mientras durare, pues, impetuosa
la lluvia con que empieza obscureciendo
el día, ya que fue tan venturosa
mi choza que defensa tuya ha sido, 1410
muébanse o no las nubes impelidas,
que aquí no serán interrumpidas
de mi antiguo infortunio las razones,
tantas veces con lástima advertidas,
y nunca hasta su extremo declaradas. 1415
Si gustas, tendrán fin sus espresiones,
que molestan a fuer de dilatadas,
y yo, Julio, no intento
apurar tu atención y sufrimiento.

————— 249 —————

JULIO

Jamás me cansaría de escucharlas, 1420
siendo, Lisardo, tú quien las refiere
con tal ternura y natural estilo;
pero miro distante el moderarlas,
con sólo oír su sinrazón tranquilo.
La pena assí a mi gusto se prefiere, 1425
pidiéndome el afecto de justicia
que perdone lo estenso a la noticia.
Recoge, pues, quanto hace a la importancia
de lo que resta al caso lastimero;
no espire con la voz la tolerancia; 1430
que el cortador acero,
infausto al uso aun de la diestra mano,
mejor está en la vaina; pues si dura
el riesgo, por que dura el soberano

influxo que le rige, 1435
también, como suspenso, se asegura
en quanto algún arbitrio le corrige.

LISARDO

Tu dictamen apruebo,
que bien conozco que seguirle debo. 1440
Quedamos, pues, en el feliz estado
de mi amor, que vivía
desvanecido como confiado.

Ponderábate yo que, en mi alegría,
ni aún sospeché un amago de disgusto, 1445
dichoso hasta en amar sin competencia.

Que un Rival, aun que no correspondido,
no causa celos, pero causa susto;
y es, con tal evidencia,
que el que logra y posee más querido, 1450
buelve al remo fatal de la esperanza,
condenado al temor de una mudanza.

Pensión cruel del hombre, no contarse
por feliz mientras pueda señalarse
el último guarismo de la muerte.

Assí me sucedió, pues, descubierta 1455
del acaso o la envidia nuestra suerte,
más de una osada voluntad concierta
perturbar mi sosiego.

Viérasme, Julio, luego,
de amarillez cubierto y de tristeza, 1460
buscar en vano por la selva amiga
ocasión de quejarme.

Varío dudar de la mayor fineza;
en la noche más quieta desvelarme;
y, para más aumento a mi fatiga, 1465
oír y ver, con fina competencia
voces amantes, lágrimas rendidas.

En tanta poderosa concurrencia
de pretensiones por mi mal unidas,
la del tosco Salicio solamente 1470
mobió más guerra a mi confuso pecho;

————— 250 —————

por rico, por pariente
de mi Leonisa hermosa,
por necio, en fin, que siempre el dulce lecho 1475
de un mérito especial goza, injusto,
el torpe anhelo de un villano gusto.
¡O violencia de amor, o ley infame
impuesta a la infeliz naturaleza!
¿Jamás ha de faltar quien, ofendido,

en su razón contra el insulto clame? 1480
 ¿Jamás digna fineza
 ha de verse sin ceño o sin olvido?
 ¡O, falaz hermosura,
 de nuestros males pérfido instrumento!
 ¿Siempre ha de ser tu condición perjura? 1485
 ¿Siempre sin duración tu valimiento?
 ¡O, ciega, alebe Diosa,
 sólo constante en tu fatal mudanza!
 ¿No has de tener acción sin causa odiosa?
 ¿No has de obrar sin huir de la esperanza? 1490
 Mas ¡ay!, ¿por qué mi voz gime importuna,
 si nunca ha de lograrse
 que puedan hermanarse
 el mérito, el amor, beldad, fortuna?
 No duró, Julio, no, la incertidumbre 1495
 del daño que a mis glorias amagaba;
 bien como suele en la empinada cumbre
 levantarse vapor que, estrecho, agraba
 sólo la corta cima,
 delicia más que susto de los ojos, 1500
 y, a poco espacio denso se derrama,
 al incauto Pastor causando grima,
 quando, resuelto, en rápidos despojos,
 no deja firme rama
 ni antiguo tronco sin probar su ruina; 1505
 ya, en la región primera,
 los condense el calor que opugna el frío
 o ya fuente, a su origen aún vecina,
 acreciente el arroyo, de manera
 que corra al mar como enojado río. 1510
 Esto me acaeció pues, Tirso, luego,
 con la codicia que la edad engendra,
 preparó diligente el casto fuego
 de la Nupcial Antorcha; por que prende
 recíproca la llama que reúsa 1515
 lucir contra la fe que me debía.
 Ya del alago y ya del rigor usa
 (a lo menos, assí me lo dixerón
 los que mi llanto y su mudanza vieron)
 hasta que, dilatando la porfía 1520
 y cumpliéndose el plazo de las Bodas,
 executó Leonisa lo que todas.

————— 251 —————

Quién la huviessse escuchado,
 la víspera del día señalado
 al trájico Himeneo, prometerme 1525
 fervores y firmezas,
 nunca creyera que pudiera hacerme

ni un agravio su olvido o su fineza.
 Mas ¿qué muger, quando el engaño traza,
 no destruye, qual hiedra, lo que abraza? 1530
 Razón tengo, Leonisa; no me arguyas
 con la obediencia de las ansias tuyas.
 ¿Lágrimas viertes al romper mis lazos
 y las enjugas en agenos brazos?
 ¿Un precepto te muebe, 1535
 y tan poco mi súplica te debe?
 ¡Ay!, que no era tu pecho como el mío,
 pues fue dócil a otro su albedrío.
 Perdíla, en fin, con riesgo de mi vida;
 que la salud, rendida 1540
 al desorden del ánimo, me puso
 en los últimos trazos del aliento.
 No aquí el notar escuso
 cuánto fue general el sentimiento
 de los que antes contrarios ofendían; 1545
 y es que ya no atendían
 la dicha que envidiaban,
 sino el extremo mal que no esperaban.
 Vicio del hombre con moberse, fiero,
 contra el bien que otro goza, 1550
 y a lo piadoso trascender, ligero
 quando ve que perdido lo solloza.
 No me consistió el Hado que acabase
 de una vez con mi pena,
 ni que, entero, el alivio moderase 1555
 el peso a la cadena.
 Antes, obrando lento,
 me dejaba salir, bien que oprimido,
 a buscar en la selva esparcimiento
 que hiciera mi dolor menos sentido; 1560
 si puede en él fixar alguna pausa
 remedio que no ofrece quien le causa.
 Un día que miraba, recostado
 sobre una peña el mar, que proceloso
 rompía en las blanduras de la arena 1565
 su orgullo desvocado,
 vi venir a Leonisa con su esposo,
 dulcemente serena,
 fiándole la mano
 de quien un tiempo me creía dueño. 1570
 ¡Quál fue entonces, o Julio, el inhumano
 furor de mis pasiones!
 ¡Quál de mi estrella el insufrible ceño!
 ¡Quál, Julio, el triste asombro de mi vida!
 ¡Quáles de mi valor las turbaciones! 1575
 ¡Quál de mi rabia envidiosa herida!

No lo diré, que a mi quebrado aliento
 faltan las voces, falta el sufrimiento;
 pues, aún oy, la memoria de este día
 renueva el pasmo a la congoja mía. 1580
 Pasaron junto a mí, mas a mirarme
 no volvió la enemiga.
 Alebe y torpe, sí, por ultrajarme,
 con ternuras y alagos lisongea
 su venturoso amante, 1585
 que bien conoce quanto assí le obliga,
 despreciando que yo lo note o vea,
 por qué más triunfo su fortuna cante.
 Indigno sacrificio si olvidase,
 y no menos indigno si me amase; 1590
 que usar sin precisión de la venganza
 y sin justo motivo de la ofensa
 es infame baldón de la templanza,
 y al que sufre dispensa
 de la ley, a que fácil agraviara 1595
 quien si tanto pretexto se irritara.
 Entonces resolví mudar de cielo,
 por si mudar la suerte assí pudiese.
 ¡Qué engañado desvelo
 pensar que en los influxos consistiese 1600
 mal a quien ciego obligo
 a caminar conmigo!
 Si es el alma el origen, nadie espere
 se mude mientras ella persebere.
 Esto, en nobles afectos, que en vulgares 1605
 mudan a los sentidos los lugares.
 Leño busco velero
 que el postrer desvarío
 del corage redima;
 mas luego que en el mar me considero, 1610
 práctico ya el desvío,
 la resuelta paciencia desanima,
 el corazón se turba y, de repente,
 no menos fácil que indiscretamente
 (aun que se apoye en la razón mi agravio) 1615
 estas querellas desató mi labio,
 mezcladas de algún lebe rendimiento
 que acordó la pasión al sentimiento:
 Ondas que blandamente
 vais a buscar mi venerada orilla, 1620
 mientras yo tristemente
 me acerco al Turia con ligera quilla;
 si el llanto de un ausente
 merece acaso que atendido sea,

entre vosotras sus arenas vea. 1625
Engañaré el cuidado
con la inútil pensión de proponerlo;
y aun después de burlado
me ocupará el deseo de creerlo;

————— 253 —————

que a un fino desdichado 1630
le sirben de embeleso las razones
que producen también las ilusiones.

Tú, favorable viento,
a la gozosa Nave que apresuras
cede a contrario aliento, 1635
que es mucho ya lo que en mi ofensa duras.

Deja que otro, violento,
hiera la proa con veloces tiros,
envolviendo en sus soplos mis suspiros.

Discurrirán ufanos 1640
hasta los verdes Bosques donde avita
de mis afectos vanos

el dueño alebe, por que assí repita
desdenes inhumanos;
y el aura, que algún tiempo los ha oído, 1645
intérprete será de su gemido.

Mas si necia porfía,
¡quán en vano el deseo lisongea!
Grite la rabia mía,

ya que en el labio el daño centellea, 1650
contra la ingrata impía
causa que a tales sinrazones hace
que inmenso aogo mi congoja abrace.

O quieran, pues, los cielos,
de mi violenta súplica mobidos, 1655
padezca infames celos

como yo lloro agravios repetidos;
y en sus tristes desvelos
mire también opuesta la mudanza
por que aun muera la fe de su esperanza. 1660

Jamás el rostro vea
del que oy tan ciegamente favorece,
afable; ni posea

plácido el lecho. Antes, si padece
como apetezco, sea 1665
lid donde pruebe, en insufrible calma,
duro valdón que martirice el alma.

Ambrientos sus ganados
en el valle más fresco y más sombrío
no encuentren delicados 1670

los pastos que antes sazonó rocío.
Mustios sí, y agostados,

la selva les ofrezca, para enojos
 los tomillos, y verdes los abrojos.
 Quando abrebar intente 1675
 los que blasona pródidos rebaños,
 la cristalina fuente
 halle ya turbia por los pies estraños
 de otros, que en la corriente,
 después que de la sed se redimieron, 1680
 las cenagosas obras remobieron.

————— 254 —————

De las verdes espigas
 vea ceder el inclinado cuello
 a piedras enemigas. 1685
 Del irritado Boreas el resuello
 malogre sus fatigas,
 las ramas deje sin florida pompa,
 ya que sus pingües árboles no rompa.
 Los pámpanos sabrosos
 de la vid más robusta y bien cuidada, 1690
 al brotar generosos
 sientan del ielo la prisión ayrada;
 y si esprimió copiosos
 dulces racimos del lagar la fuerza,
 en tinajas se tuerza. 1695
 Si yegua corredora
 con que las liebres fatigó en el llano
 tu Salicio, y que aora
 busca el heno más fértil y lozano,
 su esperanza mejora 1700
 con el bruto Andaluz que la apercibe,
 no conciba, y aborte si concibe.
 Brame la ternerilla,
 hallando enjuto de su Madre el pecho.
 La inocente cuadrilla 1705
 de los polluelos, al dejar el lecho,
 para buscar sencilla
 los granos que arrojó piadosa mano,
 despojo sea del voraz Milano.
 Todo, en fin, la suceda 1710
 contrario a lo que aguarde su deseo.
 Ni lamentarse pueda,
 que es el último mal que yo no veo,
 y si acaso la queda
 de las dudas el término espacioso, 1715
 éste la falte, y siempre su reposo.
 Pero, ¿qué es lo que digo?
 ¿Cómo de mí mi llanto me enagena?
 ¿Yo, villano enemigo
 de la que adoro en medio de mi pena? 1720

¿Yo busco su castigo,
 quando la amo constante? Miente el labio.
 Mi vida ofendo si la suya agravio.
 ¿A Leonisa, a Leonisa,
 a quien el alma tímida venera, 1725
 pudo mi fe remisa
 faltarla de cobarde o de ligera?
 ¿Quién mi juicio precisa
 a ceguedad tan torpe? ¿Acaso cabe
 encono tal en quien sus prendas sabe? 1730
 No, no, la voz desmienta
 quanta alebe expresión ha dilatado;
 y ya que el pecho sienta,
 no infame, el pundonor de su cuidado.

255

Si a suspirar se alienta, 1735
 tan dulces ansias a su queja aplique
 que parezca fineza y no despique.
 Viva Leonisa, y viva
 sin que la suerte, con tirano influxo;
 se la declare esquiba. 1740
 Ante los bienes, con perenne fluxo,
 de su mano reciba;
 y de la edad sin los estragos viles
 no numeren sus años sino Abriles.
 Ella viva y yo muera, 1745
 gozoso de que sea mi omicida;
 que si otro bien no espera,
 ¿por qué interés conservaré la vida?
 Y más si considera
 la razón que sin alma es vano intento 1750
 que dure sólo mi tenaz aliento.
 Ella viva, y si junto
 llegare acaso a la paterna cuna
 este polvo difunto,
 por que el ingrato tiempo no desuna 1755
 tan miserable asunto,
 sobre el sepulcro, en reducida Historia,
 guardará este escarmiento la memoria.
 Aquí yace, Pastores,
 el más feliz un tiempo y envidiado, 1760
 de amados y amadores
 egemplo dignamente señalado.
 A los dulces rigores
 de Leonisa murió. Su desengaño
 lea en Lisardo quien temiere el daño. 1765
 Quando esto profería,
 del Aquilón la saña bramadora
 ya levantado había

las ondas inclementes;
 y el Piloto, que ignora 1770
 del sobresalto la pasión villana,
 con manos diligentes
 amayna la mesana,
 la mayor y el trinquete;
 y a un pequeño velacho le comete 1775
 correr al vago arbitrio de los vientos,
 cuyos soplos violentos
 rompen veloces la murada entera,
 sin reservar su rápido corage
 al mástil más robusto. 1780
 Entonces, confundida la faena,
 enredado el cordage,
 sólo gobierna al Marinero el susto,
 y al timón el acaso;
 la brújula olvidada, 1785
 o del terror no escaso
 no bien examinada.

————— 256 —————

La noche tenebrosa
 la turbación y la congoja aumenta.
 Escúchase entre el Náutico alboroto 1790
 aquí voz lastimosa,
 allá, entre mucho llanto, más tormenta;
 en otra parte repetir el voto;
 y en fin, en todos un terror cobarde
 con el recelo de que se oyga tarde. 1795
 Ya con la nueva luz se distinguía
 de uno y otro semblante
 entre pálidas señas la agonía;
 y enmudecido el silvo proceloso
 del Uracán furioso, 1800
 el Buque fluctuante
 vuelve a esperar que el puerto le reciba;
 y el que más retirado
 tubo el miedo en la estiba,
 sube con paso no precipitado 1805
 a ver la costa que el grumete enseña,
 de que aún duda confuso,
 por más que advierta de una y otra peña
 horizonte difuso.
 No muchas millas caminamos quando 1810
 la dilatada playa descubrimos,
 a cuyo abrigo el viento, entonces blando,
 donde en tristes fragmentos advertimos
 sobre la orilla algosa
 más de un crecido fracasado leño; 1815
 ruina que lastimosa

al despertar en la memoria el susto
 también sin crimen introduce el gusto.
 Yo, el primero al Caique descendido,
 salté en la amada tierra y prontamente 1820
 volví al cielo la vista agradecido;
 y en la arena, que apenas se consiente
 a mi trémula planta,
 el labio, que los ruegos ocuparon,
 reconocidas gracias estamparon. 1825
 Luego mi diligencia se adelanta
 a seguir su destino;
 y mientras de Pisuerga la ribera,
 que es dulce patria mía,
 me admite, paré en ésta, peregrino, 1830
 en que por alta causa me desvía
 del principal intento
 dominio superior que no me deja
 vaya a buscar contento
 donde acabe mi vida con mi queja. 1835
 Y pues ya, Julio, sabes la fatiga
 que con fuerza violenta
 a extremo tal me obliga,
 ya que aora no es fácil me consienta
 ————— 257 —————

ni aun a oír los consejos de un amigo, 1840
 no estorbes, Julio, no, que de cansado
 con la lucha que sigo
 me prepare, tal vez más sosegado,
 a estudiar en tus sabias prevenciones
 el acierto mayor de mis acciones. 1845

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)



editorial del cardo